

Editorial

Terremoto en Haití, un derrumbe de prejuicios

El terremoto que sacudió la República de Haití el 12 de enero de 2010, considerado como la peor catástrofe humanitaria conocida hasta entonces, puso también al descubierto la cantidad de prejuicios que históricamente han circulado sobre la suerte del país más pobre del Hemisferio Occidental. Es necesaria una comprensión del desastre acontecido a raíz del terremoto para poder emprender la tarea de reconstrucción con buen pie. Parte de esa comprensión es analizar y desmontar esos prejuicios históricos que trajeron como consecuencia, entre otras cosas, que la ayuda humanitaria no fluyera como debió hacerlo y que las primeras reuniones internacionales sobre la reconstrucción ignorara por completo la sociedad civil haitiana. Este número de Estudios Sociales quiere colaborar en esta tarea.

El primer prejuicio que habría que revisar es la supuesta incapacidad del pueblo haitiano para resolver sus problemas. En la teoría de la gestión de riesgos y desastres, se ha adoptado la definición de “resiliencia” como concepto clave, es decir, la capacidad humana para enfrentar, sobreponerse y salir fortalecido o transformado por experiencias de adversidad. Lo acontecido después del terremoto ha mostrado que el pueblo haitiano tiene una alta resiliencia para el desastre. Esta capacidad de sobreponerse podrá servir como motor principal en el proceso de reconstrucción, si es bien aprovechado. Más aún, en definitiva, esta capacidad que tiene el pueblo haitiano debe ser la guía en el camino hacia un “Nuevo Haití”, como ha sugerido una buena parte de la sociedad civil haitiana organizada.

Otro prejuicio reside en la sobrevaloración de la capacidad de la ayuda internacional. La respuesta mostrada por países como Venezuela, México, Francia, Inglaterra, Rusia, Puerto Rico, Taiwán, Argentina, Estados Unidos, Canadá, entre otros -a pesar de ser generosa- no respondió con la eficiencia necesaria. Por su parte, República Dominicana, al ser el país más cercano, se convirtió en la ruta de comunicación con Haití, facilitando el paso de mercancías y de personal especializado, así como dando una respuesta inmediata sumamente generosa. Esto permite abrir una perspectiva crítica con respecto a las ideas que la comunidad internacional y algunos medios de comunicación locales resaltan acerca de comportamientos discriminatorios y racistas practicados contra la población haitiana, por parte de la dominicana. Por ejemplo, el artículo de Jennifer Santos que estudia la logística y la ayuda que la República Dominicana prestó a Haití, muestra la respuesta inmediata dada por el pueblo dominicano a la tragedia del pueblo haitiano, sobrepasando el concitado espíritu discriminatorio.

Es importante resaltar que las condiciones socioeconómicas de la población haitiana antes del terremoto, indicaban su alto grado de vulnerabilidad. Cabe destacar sobre todo que el 72% de los hogares vivían con menos de dos dólares por día. Esta situación de pobreza había deteriorado principalmente las condiciones de salud del pueblo haitiano. El artículo de Pedro Castellanos nos ayuda a conocer esta realidad, analizando los indicadores de salud del pueblo haitiano previo al terremoto. Los indicadores muestran que Haití tiene la esperanza de vida más baja del continente americano (58 años), una mortalidad materna anual de 670 mujeres por 100 mil y una mortalidad infantil anual de 138,000 niños y niñas. Consciente de este déficit acumulado, el autor propone prioridades para el proceso de reconstrucción o rediseño de un Nuevo Haití, mostrando el camino para lograr la necesaria superación de las dificultades y limitaciones presentadas en el sistema de salud ofertado históricamente.

Un tercer prejuicio está vinculado con el estilo utilizado por los medios de comunicación al referirse al pueblo haitiano, denotando problemas étnicos raciales y resaltando unilateralmente sus relaciones históricas conflictivas. Ejemplo de esto fue la manera en que los medios de prensa nacionales e internacionales cubrieron las semanas que siguieron al terremoto. Los artículos

describían escenas de violencia y agresividad en la población haitiana, evidenciando, en muchos casos, una percepción prejuiciada de la realidad vivida en el lugar afectado, pues muchas visitas sobre el terreno realizadas por organizaciones de ayuda de la sociedad civil no confirmaban ese estado de caos reportado por los medios, sino más bien el predominio de una actitud pacífica.

Esta visión prejuiciada de las condiciones post terremoto en Haití motivó el recurso excesivo a la fuerza militar por parte de los organismos internacionales encargados de gestionar la ayuda procedente de todo el mundo. Este uso indebido de la fuerza militar, especialmente el control establecido por el ejército norteamericano en el aeropuerto y en las calles de Puerto Príncipe, empeoraba la descoordinación de las acciones de dichos organismos, dificultando, y en algunos casos monopolizando, la distribución de la ayuda.

La influencia que tiene la prensa en la creación de imaginarios sobre un colectivo poblacional es el tema tratado en el artículo de Gloria Amézquita. El trabajo visibiliza cómo la sociedad va creando constructos sociales definidos por las clases sociales hegemónicas, y generando discriminación hacia la población migrante haitiana residente en la República Dominicana, hasta llegar a ser institucionalizados como una realidad objetiva.

Además de los artículos citados, este número contiene dos secciones tituladas “Testimonios” y “Documentos” para ayudar a superar las evaluaciones erróneas sobre el terremoto de Haití. La primera de estas secciones contiene los testimonios de personas que han experimentado la catástrofe. Estos testimonios son un llamado a la reflexión para tomar distancia sobre los prejuicios sociales existentes. Como una innovación dentro de la tradición de la revista, se ha incluido un testimonio por medio de una galería de fotografías tomadas en Puerto Príncipe a finales del mes de febrero de 2010. La segunda de estas secciones, como su nombre lo indica, contiene documentos, que pueden servir de base para realizar análisis propios, siguiendo la línea de las ideas planteadas en los artículos.

Aunque la tragedia de Haití se vaya al olvido con el paso de los meses, algo quedará presente, derrumbando tantos prejuicios contra este pueblo hermano: ya todos y todas sabrán de su capacidad de reponerse ante la tragedia. Es necesario creer que la recuperación de Haití es posible y que sólo la participación de la base social en los planes de desarrollo garantizará el cambio en el país más pobre del Hemisferio Occidental.